

WALLENSTEIN

WALLENSTEIN.

ARGUMENTO.

En la parte primera de esta trilogía titulada *El Campamento*, no hay acción propiamente dicha, estando reducida á una serie de escenas gráficas de la vida militar de esa época borrascosa. Es un cuadro soberbio de la vida del soldado en campaña, con todos sus goces, sus temores y sus esperanzas, traspirando por todas partes la influencia misteriosa de Wallenstein. Indicase, sin embargo, con toda claridad, el espíritu de rebelión que anima contra el Emperador á algunos de sus regimientos, la generosidad y hasta la prodigalidad del Príncipe con sus oficiales, la oposición que reina entre aquél y la corte de Viena y el clero, la llegada del emisario imperial, la próxima venida de la esposa y la hija del Duque, la popularidad entre los soldados de Piccolomini, el hijo, y la impopularidad del padre, y la existencia de la orden del Emperador para desmembrar las fuerzas de Wallenstein, acampadas delante de Pilsen.

En la segunda parte de la misma trilogía, que lleva el título de *Los Piccolomini*, y en su acto primero, Illo, Isolani y Butler, jefes militares del ejército de Wallenstein, hablan entre sí de la concentración de fuerzas y genera-

les en el campamento, de la falta de algunos, sospechosos para ellos, como Gallas y Altringer, y de la venida de la esposa é hija de Wallenstein, escoitadas desde la Carintia por Maximiliano Piccolomini. Los tres, por vínculos fortísimos de gratitud, se muestran adictos al Generalísimo y hostiles al Emperador. Preséntanse entonces Questenberg, enviado de la corte de Viena, y Octavio Piccolomini, ante quienes manifiestan los anteriores personajes, con tanta franqueza como acritud, los sentimientos rebeldes que los animan; y al quedarse solos Questenberg y Octavio, lamentase el primero del espíritu que reina en el ejército. Ambos revelan la existencia de una misión importantísima, que el Emperador ha confiado á Octavio contra Wallenstein, y para cuyo buen éxito cuenta Piccolomini con la ciega amistad que el mismo Wallenstein le profesa. Maximiliano Piccolomini, que se presenta después, se expresa ante Questenberg en el mismo sentido que los generales mencionados, si bien da á entender con sus palabras á su padre que sus ideas, durante el viaje con la esposa y la hija de Wallenstein, han sufrido un cambio importante. Su padre Octavio, que nada le ha dicho de sus proyectos, se muestra inquieto y pesaroso de la mudanza observada en Maximiliano.

El acto segundo, después de una breve escena en que se presenta al público al astrólogo Seni, expone el frío recibimiento hecho en la corte de Viena á la esposa de Wallenstein, según ella misma le cuenta en la primera entrevista que celebran después de su llegada. La Condesa Terzky, acompañada de la hija del Generalísimo, á quien no veía aquél desde la edad de ocho años, en que se separó de ella para que fuese educada en un convento, de donde venía entonces, interrumpe esa conferencia de los esposos, y da ocasión á que Wallenstein manifieste á su hija su amor paternal y sus orgullosas esperanzas. Wa-

llenstein da también las gracias á Maximiliano Piccolomini por su conducta durante el viaje, y recibe unas cartas que le trae su cuñado Terzky, cuyo contenido le preocupa hasta el punto de que, conociéndolo todos, lo dejan solo para conversar con Terzky. Este lo reconviene por su falta de franqueza y lealtad con él, y con todos aquellos con quienes trata. Illo, que sobreviene, apoya también á Terzky, y ambos se esfuerzan en persuadir á Wallenstein que se decida de una vez, y que rompa resueltamente con el Emperador. El mismo Illo le asegura que todos los generales están unánimes en seguirlo, y que él, en un banquete que ha de ofrecerles Terzky en breve, se dará traza de que se obliguen por escrito. Questenberg, el enviado del Emperador, es recibido por Wallenstein en audiencia solemne, y expone las quejas de su soberano, sus deseos y sus órdenes. Wallenstein se defiende acusando otra vez al Emperador por no haber cumplido las cláusulas del tratado hecho con él. Todos los generales presentes á la audiencia, y otros que llegan después de terminada, demuestran su adhesión al Generalismo y su malevolencia al emisario imperial.

Illo revela á Terzky su plan al principio del acto tercero. Consiste en presentar á los jefes reunidos en el banquete una obligación que han de firmar todos, en la cual prometan seguir también en todo á Wallenstein, con la cláusula adicional de «sin perjuicio del juramento hecho al Emperador.» Esta obligación, así redactada, se les ofrecerá al empezar el festín, sólo para que la lean y se enteren de su contenido, sustituyéndola luego con otra, que ha de ser la firmada, en que se omita la cláusula del juramento al Emperador. En opinión de Illo, se logrará que la firmen, ofuscados ya con los vapores del vino, y de este modo se decidirá al cabo Wallenstein, y arrastrará consigo á los demás. Las restantes escenas de este acto ex-

ponen el amor que se profesan Tecla, la hija de Wallenstein, y Maximiliano Piccolomini, y la intriga urdida por la familia del primero, de inspirar ese amor á Maximiliano para tenerlo á su devoción, no con propósitos formales de labrar la dicha de ambos.

El acto cuarto describe el banquete á que se alude en el anterior. Todo sucede como Illo y Terzky han previsto, y todos firman, aunque algunos noten la superchería, excepto Maximiliano Piccolomini, que, distraído con sus amores y habiendo llegado tarde, se empeña en dejarlo para el día siguiente, como lo hace después de tener con Illo, ebrio, una escena desagradable.

Octavio Piccolomini, en el acto quinto, descubre á su hijo Maximiliano los proyectos que se atribuyen á Wallenstein de unirse á sus enemigos los suecos, rebelarse contra el Emperador, y apoderarse de la corona de Bohemia. Añade que Wallenstein ha sido condenado y depuesto del mando; que el Emperador lo ha nombrado en su lugar, y que se halla dispuesto á la primera prueba evidente de su traición, á castigarlo como merece. Maximiliano no lo cree, detiene á Wallenstein y lo reconviene por su falsedad y por su perfidia. La llegada de un emisario secreto del Conde Gallas, que anuncia á Octavio, en presencia de su hijo, que las tropas leales se han apoderado de Sesina, intermediario de Terzky con los suecos, con despachos sellados por el mismo Terzky, y que unos y otros han sido enviados á Viena, interrumpe esta conferencia de los Piccolomini, y obliga á Maximiliano á declarar á su padre que, para salir de dudas, las expondrá al mismo Wallenstein, y sabrá la verdad de sus labios.

En la tercera parte de la trilogía, ó *La muerte de Wallenstein*, éste, después de haber consultado los astros con su astrólogo Seni, y averiguado que le son favorables, es interrumpido por Terzky, que, después de noticiarle la

captura de Sesina, y con ayuda de Illo, lo excita á rebelarse sin tardanza. Llega en esto el coronel sueco Wrangel, con plenos poderes para tratar con Wallenstein y poner á su disposición un ejército sueco, siempre que se les entregue parte de Praga y la ciudad de Egra. La Condesa Terzky, en fin, con arte y habilidad consumada, lo hace al cabo resolverse.

Wallenstein, en el acto segundo, confía á Octavio Piccolomini la misión de encargarse del mando de los españoles é italianos, y entretener y vigilar á sus enemigos, ciego ya en su propia perdición, é ignorando que el mismo Octavio es su adversario más temible. Maximiliano celebra con él una conferencia, y conoce con profundo dolor sus rebeldes proyectos, intentando, aunque en vano, disuadirlo. Ya es tarde, le contesta siempre Wallenstein. Illo y Terzky protestan también inútilmente contra la comisión dada á Octavio, que se funda en motivos supersticiosos, según les dice el Generalísimo. Octavio, en efecto, antes de ausentarse, llama á Isolani, y logra sin trabajo separarlo de Wallenstein, mostrándole el rescripto del Emperador, en que se le nombra para sustituir al traidor. Lógralo también de Butler, á quien indispone con Wallenstein, probándole que éste lo ha engañado villanamente, induciéndolo á pretender un título de conde, y fingiendo recomendarlo, cuando en realidad hacia todo lo contrario. Butler forma el propósito de matar á Wallenstein para vengarse, y, para ejecutarlo, consigue que Octavio lo deje en Pilsen. Maximiliano Piccolomini se niega á seguir á su padre, porque quiere despedirse de Tecla, y lo reconviene con amargura por su desdénosa conducta.

En el acto tercero, la condesa Terzky propone ya á Tecla sin ambages que obligue á Maximiliano á declararse en favor de su padre, á lo cual ella se resiste. La Duquesa de Friedlandia, esposa de Wallenstein, se lamenta de su suerte

y del carácter de su esposo. Este sabe los amores de su hija con Maximiliano, y se opone á ellos, aspirando á casarla con un rey, y la Duquesa averigua también al cabo los proyectos rebeldes de su marido. En esta ocasión se anuncia de repente á Wallenstein que los croatas, con su general Isolani, sin su orden, han abandonado el campamento, y que varios otros generales han desertado de su partido; que la mayor parte de las tropas están sobre las armas, y que el regimiento de Tiefenbach, que guardaba las puertas de la ciudad, al recibir la orden de su relevo por los soldados de Terzky, se ha negado á obedecerla, por haberlas recibido antes contrarias de Octavio Piccolomini, en virtud del rescripto del Emperador, que ha enseñado á todos. Descubierta ya la perfidia de Octavio, y al mandar Wallenstein á Butler que se encargue de traer á su presencia con el mayor sigilo un mensajero, que ha de llegar de Praga, sabe por él que ha llegado ya, que lo han detenido y registrado los soldados, y que por todo el campamento circulan las funestas noticias de que Praga se ha perdido para Wallenstein, que muchos otros regimientos, acantonados en diversos puntos, han prestado al Emperador nuevo juramento, y que Wallenstein, Illo, Terzky y Kinsky están proscritos. La Condesa Terzky, por su parte, revela, por último, á su hermana el estado de las cosas, y la Duquesa se desmaya, al saberlo, en los brazos de su hija. En seguida se presenta una diputación de coraceros de Pappenheim, para oír de los mismos labios de Wallenstein si es ó no traidor al Emperador; y cuando ya los tenía convencidos, llega Butler, y dice en voz alta que los soldados de Terzky arrancan las águilas austriacas de sus banderas, y las sustituyen con las armas de Wallenstein. Maximiliano se presenta entonces dispuesto á cumplir su deber con el Emperador, á pesar de las sagaces observaciones y ruegos de Wallenstein para atraerlo á su lado.

Los soldados de Pappenheim, al saber que se halla con Wallenstein, y creyendo que lo retienen á la fuerza, se alzan en rebelión para librarlo, matan á Neumann, ayudante de Wallenstein, reciben á éste, al presentárseles para apaciguarlos, á los gritos de ¡viva el Emperador!, y, por último, se lo llevan. Maximiliano, que ha dudado sobre el partido que debe seguir, rechazado por todos, menos por Tecla, que le dice que obedezca el primer impulso de su corazón, al alejarse, se consagra á la muerte con todos los soldados que lo acompañan. Wallenstein ordena la huida á Egra.

En el acto cuarto, ya en esta última ciudad, Butler dice á Gordon, encargado de la fortaleza, que él se ha obligado á guardar á Wallenstein, y á entregarlo al Emperador, muerto ó vivo, y que, para lograrlo, quizás necesite de su ayuda. Wallenstein, acompañado del burgomaestre de Egra, á quien intenta atraer á su partido, interrumpe con su llegada la conferencia de ambos. Terzky é Illo anuncian que los suecos, después de pelear con Maximiliano Piccolomini y con los coraceros de Pappenheim, que han sucumbido todos en la batalla, están ya á cinco millas de Egra. Al quedarse de nuevo solos Gordon y Butler, quienes han oído la nueva de la victoria de los suecos, el último, fundado en ella y en la imposibilidad de guardar prisionero á Wallenstein contra las fuerzas que han de defenderlo, indica á Gordon, que lo reprueba, su propósito de matarlo, y á Terzky é Illo. Mientras los dos últimos, rebosando júbilo por el triunfo de los suecos, se van á celebrar el festín que los espera, Butler persiste en su proyecto de matar aquella misma noche á Wallenstein, á pesar de las súplicas de Gordon. Tecla, mientras tanto, ha sabido la muerte de Maximiliano, cayendo desmayada en los brazos del caballero sueco que ha traído la noticia. Después, al volver en sí, se empeña en hablarle de nuevo, á cuya instancia, oponiénd-

dose su madre y su tía, accede su padre. Aunque con trabajo, se entera de todos los pormenores de la muerte de su amante, y, sobre todo, del lugar en que lo han sepultado. Resuelve al cabo encaminarse á su sepulcro, acompañada de su dama la señorita de Neubrunn. Este acto termina después de abrazar Tecla á su madre, y de fingir que se propone descansar de tantas emociones.

Butler, en el acto quinto y último, hace sus preparativos y da sus órdenes para asesinar á Illo, á Terzky y á Wallenstein. Siente éste profunda tristeza, pensando en la muerte de Maximiliano, y la Condesa Terzky se ve asaltada también de ensueños y sombríos presentimientos. Antes de acostarse el primero, se le rompe, al desnudarse, la cadena de oro que le había regalado el Emperador, y Seni, Gordon y el mismo ayuda de cámara que lo desnuda, le conjuran que se salve, huyendo ó resistiéndose á los suecos; pero él no hace caso alguno de ellos, y se retira tranquilo á dormir. Preséntase entonces Butler con los asesinos, muertos ya Terzky é Illo, y herido Butler por el último en una mano. Gordon se opone, aunque inútilmente, al asesinato de Wallenstein; pero suenan unas trompetas, que todos creen ser las de los suecos, y los asesinos, después de matar al ayuda de cámara de Wallenstein, penetran en las habitaciones de éste. La Condesa Terzky llega en busca de Tecla, que ha desaparecido de su dormitorio, y Gordon se presenta corriendo para decir á Butler que las trompetas que han tocado son de los imperiales, y que Octavio Piccolomini viene mandándolas; pero Butler aparece y dice que ya es tarde. La Condesa Terzky muere también envenenándose, y Octavio recibe en medio de tantos horrores su nombramiento de príncipe.

WALLENSTEIN.

DRAMA.

PRIMERA PARTE

EL CAMPAMENTO DE WALLENSTEIN.

PRÓLOGO

RECITADO EN LA APERTURA DEL TEATRO DE WEIMAR

EN OCTUBRE DE 1798.

Otra vez nos congrega en este recinto la tragedia y la comedia, cuya representación ha cautivado con tanta frecuencia vuestros oídos y vuestros ojos, llenando de dulce encanto vuestras almas sensibles. ¡Observadlo, pues! Se ha rejuvenecido, y el arte ha exornado su plácido templo; y sublime inspiración, rebosando armonía, nos exhorta desde este noble peristilo, y nos sugiere sentimientos elevados.

Y, sin embargo, este mismo es el antiguo Teatro, en donde rodaron las cunas de ingenios juveniles, y se ostentaron algunos talentos de grandes esperanzas. Somos antiguos amigos, que se han presentado ante vosotros rivalizando en ardor, trabajo y celo por complaceros. Aquí contemplasteis á un noble maestro, que con su genio creador os arrebató á las regiones serenas de su arte. ¡Plegue á Dios que el nuevo brillo de esta mansión llame á